

versaciones de Fontainebleau; pero insigniendo las miras de la política humana, consideraba prematura, y hasta imprudente y difícil, la reposición de los Jesuitas en aquellas circunstancias. Como por milagro acabábamos de escapar á la tempestad formada por la secta filosófica, que rugía al solo nombre de jesuita; é ignorábamos por otra parte si las cortes extranjerías tomarían á mal el llamamiento de un Instituto, que pocos años ántes había sido suprimido por todos los monarcas católicos.»

«Á pesar de todos estos motivos, á últimos de Junio, ó sea un mes después de nuestro regreso á Roma, me determiné á tentar nuevamente el ánimo del Papa, á cuyo fin le dije un día en audiencia: «Santísimo Padre, deberíamos proseguir algún día nuestras interrumpidas conversaciones sobre la Compañía de Jesús:» y sin que añadiera yo otra cosa, el Papa contestó: «Podremos restablecer la Compañía de Jesús en la próxima fiesta de San Ignacio.» Esta contestación, tan espontánea como inesperada, de Pío VII me sorprendió en extremo llenándome de gozo y de consuelo¹.»

Á la esperanza del pronto restablecimiento alentaba la profecía del P. Retz, referente á la persona que debía representar á la Compañía en aquel acto solemne. De esta profecía hemos hablado ya en el libro primero de esta historia. El buen anciano P. Panizzoni, que había visto morir uno tras otro á todos sus connovicios, tenía por muy cierto que había de ver repuesta la Compañía; y estaba tan seguro de que este acontecimiento iba á realizarse pronto, que, según atestigua el autor del Diario², se iba proveyendo de listas de los jesuitas que perseveraron hasta la extinción, para admitirlos de nuevo en la Compañía.

La profecía del P. Retz era muy conocida y comentada por este tiempo. He aquí cómo la comenta el P. Luengo³: «Se supone,» dice, «que el P. General Retz profetizó la extinción de la

¹ Cita este documento del cardenal Pacca CRÉTINEAU JOLY, *Hist. de la Comp. de Jesús*, Tomo V, Cap. XXXVIII.

² Tomo 46, pág. 1106.

³ *Ibid.*, pág. 510.

Compañía de Jesús y su glorioso restablecimiento en Roma, y que su restaurador jesuita sería uno que entonces era novicio y vendría de la Rusia á esta ciudad: y estas dos circunstancias se hallan en este P. Luis Panizzoni, y casi no es posible que se verifiquen en otro. Él entró en la Compañía el año de 1745¹, y duró su noviciado hasta el 1747, cuando el P. Retz estaba en los últimos años de su vida» pues murió en 1750. Alentaban también esta esperanza de pronta restauración los progresos de la Compañía en Sicilia, que adelantaba con prosperidad y bonanza, y á cuyo noviciado acababan de llegar doce jóvenes irlandeses para entrar en la Compañía: hecho que en aquellas circunstancias se juzgó prodigioso².

El mismo P. Luengo, aunque incierto de la realidad de la profecía del P. Retz³, no duda asegurar que si fuese cierta, se podría tener por inspirada del cielo la elección del P. Panizzoni para Provincial, hecha por el P. Pignatelli, y su confirmación en dicho cargo por el P. General. Y añade: «Á la verdad en buena prudencia humana no debía este P. Panizzoni haber sido hecho sucesor suyo por el prudentísimo Pignatelli, ni confirmada su elección por el P. General de la Rusia; pues es un hombre que en este día once de Junio (1812) cumplió ochenta y tres años; y aunque está algo robusto y bastante ágil, en tal edad un soplo basta para matarle ó hacerle inútil. Parece, pues, que solo han hecho una elección tan extraña, para que se verifique y se cumpla la profecía del P. Retz: y si Panizzoni, de ochenta y tres años de edad, ha de ser el jesuita restaurador de la Compañía de Jesús en Roma, poco puede tardar en verse este gran suceso; y los que no somos tan viejos como él podemos esperar verle⁴.»

¹ En 3 de Noviembre.

² P. LUENGO, *ibid.* Ignoraba la restauración de la Compañía en Irlanda.

³ Recuérdese que 39 años ántes dicho Padre la tenía por tan cierta, que se consolaba con la seguridad que ella le daba del restablecimiento de la Compañía recién suprimida. Tal vez la dilación en cumplirse le hizo que dudase de su verdad.

⁴ *Ibid.*, pág. 511. Contaba ya el P. Luengo cerca de 77 años.

Á las razones que alega el P. Luengo para demostrar que al P. Panizzoni le conservaba el cielo con particular providencia para tan honroso cargo, añade el mismo autor otras dos¹. Primera: el mes de Julio del mismo año 1814, pocas semanas, ó quizás días, ántes del restablecimiento, llegó de Rusia la patente de Provincial para el P. Perelli, antiguo secretario del difunto Padre José²: pero el cardenal Litta, previendo que en tales circunstancias un cambio de esta naturaleza podía ser perjudicial á la causa de la Compañía, aconsejó que se suspendiese la ejecucion de la orden del P. General. En segundo lugar, el P. Cayetano Angiolini había alcanzado favor de algunos cardenales, y aun del mismo Pío VII, para ser él ahora el restaurador de la universal Compañía, como lo había sido en Nápoles y Sicilia.

El P. Panizzoni, que sabía todo esto, callaba y decía entre sí con cierta sonrisa, que toda cuestion estaba de más; porque él y no otro recibiría la Bula del restablecimiento; pues no podía faltar la palabra del P. Pignatelli. Y así fue; porque Su Santidad espontáneamente y *motu proprio* designó para aquella formalidad al P. Panizzoni. «El Sumo Pontífice,» dice el cardenal Carlos Odescalchi³, «estuvo firme en querer al P. Panizzoni, y prescribió que á él y no á otros se confiase el gobierno de la Compañía de Jesús.»

Pocos días ántes del tan suspirado restablecimiento ocurrió un suceso muy singular. Á su vuelta á Roma parece que deseaba el Sumo Pontífice hacer alguna reformation en los regulares; y al efecto dispuso que ninguno de ellos vistiese el hábito de su orden y que no se reuniesen en comunidad. Habíase fijado en las esquinas un edicto, en que se intimaba esta disposicion del Pontífice. Con esta ocasion tuvo lugar un hecho algo curioso, que referiré con las mismas palabras con que lo contaba algunos años después uno de los que tuvieron parte en él.

¹ *Diario*, Tomo 48, Parte segunda, pág. 55.

² El P. Juan Perelli, de la antigua Provincia Napolitana, nació en 18 de Setiembre de 1735, y entró en la Compañía el 15 de Junio de 1750.

³ *Process. Rom.*, fol. 518.

Era este un Padre irlandés, por nombre Esmonde; el cual dijo así¹ «De vuelta de Sicilia llegué á Roma con cuatro compañeros de viaje, dos de los cuales y yo un mes ántes nos habíamos ordenado de sacerdotes. Entramos por la puerta Cavalleggieri, y á la entrada vimos fijado en una esquina un edicto que nos dio que pensar, porque parecía tocarnos á nosotros. Íbamos en un coche descubierto, vestidos con la sotana de la Compañía, y en aquel edicto se vedaba á todo religioso llevar el hábito de su orden, si ántes no había presentado pruebas de su fidelidad á la Santa Sede y á su instituto durante la dominacion francesa en Roma. Fuimos á apearnos en una fonda de la plaza de España, y durante todo el trayecto habíamos encontrado en las esquinas de las calles el mencionado edicto.»

«Para conformarnos con él, como llegados á la fonda deseásemos luégo visitar la iglesia de San Pedro, nos quitamos la sotana de jesuíta y nos vestimos de seglar.»

«Estábamos tomando un poco de alimento, cuando vimos que se dirigía á la casa un monseñor con un piquete de soldados con armas, los cuales entraron en la sala en donde nos hallábamos con nuestro traje de seglar. El monseñor con mucha cortesía nos dijo que no nos buscaba á nosotros; sino que solo venía para ver quiénes eran unos religiosos recién llegados, que á pesar de haber tenido á la vista el edicto fijado en la puerta Cavalleggieri, habían atravesado la ciudad en coche descubierto vestidos con sus hábitos.»

«Estaban ya para salir el monseñor y los soldados, cuando le dijimos: «Nosotros somos, monseñor, estos religiosos; y precisamente por conformarnos con el decreto del Padre Santo, nos hemos quitado la sotana de la Compañía, á la cual tenemos la honra de pertenecer. El monseñor, vivamente sorprendido, dirigió una mirada al oficial de la tropa, que estaba detrás de

¹ Esta relacion la oyó del mismo P. Esmonde en 15 de Junio de 1830 el P. José María Pujol, y luégo la puso por escrito con toda la fidelidad que le fue posible. De este escrito la he copiado yo.

él, y nos dijo que nos quedásemos allí hasta nueva orden. Al poco rato volvió sin acompañamiento el monseñor, y nos anunció de parte del Papa, que Su Santidad deseaba vernos vestidos con la sotana de la Compañía. Dímosle las gracias por la honra que nos proporcionaba: en un momento nos pusimos la sotana, y seguimos al monseñor, que nos condujo al Quirinal.»

«Al atravesar las calles, éramos el blanco de las miradas de toda la gente, que se preguntaba á qué orden pertenecían aquellos religiosos, y por qué vestían el hábito de ella. Un buen anciano, que desde 1773 no había visto jesuitas, se echó á gritar: «Estos son los Padres de la Compañía. Viva la Compañía. Viva San Ignacio. Viva San Pedro.» Cerráronse las tiendas, abriéronse las ventanas, y por todas partes se agitaban pañuelos blancos: las turbas nos estrechaban; y ya nos acompañaban en número de unos dos mil, cuando llegamos al Quirinal. Eran las primeras horas de la tarde, cuando fuimos introducidos en el palacio en el momento en que el Padre Santo se paseaba por el jardín. Anunciósele nuestra llegada, y le vimos venir sostenido por el cardenal Pacca á la derecha y el cardenal Litta á la izquierda. Nos arrojamos á sus pies, y al instante nos hizo levantar. Dijímosle que éramos jesuitas, que veníamos de Sicilia, y viajábamos para Inglaterra.»

«Su Santidad nos significó que su deseo había sido de restablecer la Compañía el día mismo de San Ignacio; pero que no era esto posible: prometió sin embargo que nos iba á dar este consuelo el día de su octava. Nuestro gozo fue sobre todo encantamiento. No sabíamos que hubiese jesuitas en Roma: dijéronnos que los había en una casita junto á la iglesia del Buen Consejo: fuímonos allá; y en efecto encontramos unos treinta venerables ancianos, que no cabían en sí de puro regocijo al vernos, y nos hablaron de los rumores contradictorios que sobre la Compañía se divulgaban por la ciudad. Al referirles nosotros las palabras que acabábamos de oír de boca del Padre Santo, aquellos buenos ancianos no sabían lo que les pasaba. Quisieran tenernos en su compañía; mas no permitiéndolo la falta de local,

nos hospedaron en el Jesús.» Allí estuvieron estos cinco Padres, esperando el día 7 de Agosto, octava de la fiesta de San Ignacio, día eternamente memorable para la Compañía de Jesús, por haber sido el de su restablecimiento en toda la Iglesia.

La solemnidad de la reposición debía en efecto verificarse el 31 de Julio de este año de 1814, fiesta del Patriarca San Ignacio; pero habiéndose tenido algun reparo en una cláusula de la Bula de restablecimiento, no pudo esta publicarse aquel día, y se diferió hasta el domingo siguiente, siete de Agosto, octava de la fiesta¹. Este día siete á las ocho de la mañana llegó el Padre Santo á la puerta de la iglesia del Jesús, bellísimamente colgada, é iluminada á maravilla: fue en ella recibido por el colegio de los cardenales en toda gala, que habían prevenido la llegada de Su Santidad.

El Pontífice, hecha una breve oración, celebró la santa misa en el altar de San Ignacio, en el que reposan sus sagradas reliquias. Terminada la misa del Papa, y otra que celebró un monseñor mientras él daba las gracias, se dirigió Pío VII, por entre la apiñada muchedumbre que llenaba la iglesia, á la capilla de los nobles, en donde se desayunó. Volvió luego al lugar donde estaba colocado su trono, y se asentó en él.

Estaban en sus bancos diez y ocho cardenales: detrás de

¹ La cláusula en cuestion era una, en la que se decía que la Compañía era «necesaria» á la Iglesia de Dios. Alguno reparó que la afirmación era menos exacta: por lo cual se sujetó la Bula á nuevo examen. (P. LUENGO, *ibid.*) De este Padre, que asistió al acto, tomamos la siguiente relación de él.

Segun una tradición, que de los antiguos Padres ha llegado á nosotros, poco tiempo ántes de la extinción, asistió á unas conclusiones, que se defendieron en el colegio romano, entre otros religiosos de diversas órdenes, un jóven profesor benedictino. Después del solemne acto llamóle á parte el P. General Lorenzo Ricci; y arrodillándose á sus pies, le rogó que cuando fuese elevado á la Cátedra de San Pedro, se acordase de la Compañía, que estaba próxima á su abolición, y la restaurase. El monje benedictino se llamaba Gregorio Chiaramonti; y es el mismo, que, elegido Sumo Pontífice, tomó el nombre de Pío VII. Él reconoció la Compañía existente en Rusia, la restableció en el reino de las Dos Sicilias, y al fin en la universal Iglesia.

ellos en dos filas de bancos por cada lado estaban los jesuitas, que se hallaban en Roma, en número de unos ciento cincuenta. Al rededor del trono del Papa asistían varios monseñores; y de pie, á las puertas que van á la sacristía, veíase á varios obispos. Al rey de España y al de Cerdeña, Carlos Manuel, se habían preparado tribunas; mas no asistieron: el primero, por razones políticas; el segundo, por sentirse indispuerto: solo se halló presente la reina de Etruria con sus tres hijos.

El Padre Santo, luégo que se hubo sentado, entregó la Bula á monseñor Belisario Cristaldi: y este, en pie, cerca del trono, la leyó con voz clara é inteligible. Terminada la lectura, la devolvió á Su Santidad: llamóse al P. Luis Panizzoni, al cual, puesto de rodillas en el trono mismo y muy cerca de la persona del Papa, este por sí mismo le puso la Bula en la mano. Tómalala Panizzoni de las suyas, bésale con reverencia los pies, y rebotando de gozo se retira: acto continuo todos los jesuitas que estaban presentes, se van acercando por su orden á besar el pie á Su Santidad.

Los más jóvenes de ellos ya pasaban de sesenta años; más de quince eran octogenarios; varios de ellos habían cumplido ochenta y cinco y ochenta y seis años: algunos iban con su bastoncito y necesitaban ser ayudados para subir al trono, haciendo con buena gracia este oficio con ellos los Prelados que asistían al Padre Santo; quien, al ver tantos ancianos respetables rebotando contento y alegría, y á muchos de ellos con lágrimas de ternura en los ojos, se mostró extraordinariamente contento, festivo y aun risueño, manifestando en su semblante el gusto y complacencia que sentía en su corazón. ¡Espectáculo sublime y consolador! La Compañía de Jesús estaba solemne y jurídicamente restituída á su primitivo ser.

Retiróse el Padre Santo, y luégo el Sacro Colegio; y en presencia de los jesuitas el cardenal Bartolomé Pacca levantó tribunal en la misma capilla y sentóse: un oficial de la Cámara, en pie y al lado de su Eminencia, leyó una larga escritura, cuya substancia era, que Su Santidad desde aquel momento daba á

la Compañía la casa del Jesús y la de San Andrés, y una renta conveniente para su honesta sustentacion¹.

La alegría que tan fausto acontecimiento causó en Roma, fue sobre toda ponderacion. El cardenal Pacca, comparando el día 17 de Agosto de 1773, en que se publicó el Breve de supresion, con el 7 de Agosto de este año, en que se publicó esta Bula de restablecimiento, dice, que en el primero «se veía la sorpresa y el dolor pintados en todos los semblantes;» y por el contrario en este último «Roma resonaba en gritos de alegría, en aclamaciones y aplausos. El pueblo romano,» continúa, «acompañó á Pio VII desde el Quirinal hasta la iglesia del Jesús, donde se leyó la Bula; y la vuelta del Pontífice á su palacio fue una marcha triunfal.» Y termina con estas palabras: «He creído deber entrar en estos detalles para aprovechar la ocasion de dejar en mis escritos una retractacion solemne de las conversaciones imprudentes que he podido tener contra una Compañía, que tan bien ha merecido de la Iglesia de Jesucristo².»

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 48, Parte segunda, pág. 48. Este Padre tuvo la dicha, por él tan suspirada, de asistir á este solemne acto.

² CRÉTINEAU JOLY, *Historia de la Compañía de Jesús*, Tomo V, Capítulo XXXVIII.